Todos los males quita,
 Todos los bienes causa.
 Muéstrate madre, y llegue
 Por ti nuestra esperanza
 A quien, por darnos vida,
 Nació de tus entrañas.
 Entre todas piadosa,
 Virgen, en nuestras almas,
 Libres de culpa, infúnde
 Virtud humilde y casta.
 Vida nos presta pura,
 Camino firme allána;
 Que quien á Cristo llega
 Eterno gozo alcanza.
 Al Padre, al Hijo, al Santo
 Espíritu alabanzas;
 Una á los tres le demos
 Y siempre eternas gracias.

LOPE DE VEGA

LEPANTO

Habían reforzado mientras tanto los turcos su flota hasta el punto de tener repartidos en sus doscientas noventa galeras 120,000 hombres entre gente de guerra y de remo. Habíanla dividido también, lo mismo que los cristianos, en tres cuerpos: el centro, mandado por el gran Almirante Alí-Pachá, mozo arrogante, de más valor que prudencia, en todo el verdor de su juventud y de su privanza con Selim II; el ala derecha á las órdenes del Rey de Negropono, Mahomet Scirocco, hombre maduro y sesudo, valiente y experimentado al mismo tiempo, y el ala izquierda mandada por el Virrey de Argel Aluch-Alí, dicho *El Fartass*, esto es, el tiñoso, antiguo renegado calabrés, viejo de sesenta y ocho años, prudente, valeroso y astuto, curtido en

aquellos mares por la piratería durante más de cuarenta años.

Recibió Alí-Pachá en Lepanto un mensaje de Selim II, muy de su gusto, mandándole dar la batalla, y á este propósito reunió el 4 de Octubre, á bordo de su galera *La Sultana*, el Consejo de guerra. Componíase éste de los dos Generales de la flota Mahomet Scirocco y Aluch-Alí, del Serasker ó General de las tropas embarcadas, Perter-Pachá, y de varios grandes dignatarios del Imperio, hasta el número de veinte, entre los cuales se contaban el antiguo Rey de Argel Hassen-Pachá y dos hijos de Alí, niños todavía, Ahmed-Bey, de dieciocho años, y Mahomet-Bey, de trece, que con su ayo Alhamet montaban una galera.

Era indudablemente la flota turca muy superior á la cristiana, mas consistía la mayor de sus ventajas en no estar formada como ésta de elementos diversos que pudieran tener, como en efecto tenían, intereses distintos y aun opuestos.

Lejos de eso, eran los turcos todos vasallos de un mismo señor, y no ambicionaban ni perseguían la gloria y el poder sino de un solo Imperio. A pesar de todo, la orden de Selim II mandando dar la batalla, encontró en el Consejo valientes impugnadores, y fue el primero Aluch-Alí, el tiñoso, que con muy graves razones sacadas de su experiencia en guerra de cristianos, hizo patente las quiebras que pudiera traer una derrota. Apoyáronle el Serasker Perter-Pachá y Mahomet Scirocco, á quien inquietaban mucho las seis formidables galeazas de los cristianos: estas embarcaciones, las mayores de su tiempo, montaban veinte cañones y rompían con gran facilidad cualquiera línea de batalla que se les pusiera por delante.

La arrogancia petulante de Alí-Pachá llegó entonces á la insolencia: rióse de los temores de aquellos veteranos, y presentó al Consejo los informes de los dos exploradores Kara-Kodja y Kara-Djali, corsarios berberiscos que había mandado él á reconocer en Corfú la flota cristiana: según

ellos era ésta tan inferior en número y fuerzas, que difícilmente podría resistir el primer empuje de los turcos. Ignoraba sin embargo Alí que aquel recuento de sus espías había sido hecho mientras la vanguardia de D. Juan de Cardona y la retaguardia del Marqués de Santa Cruz se hallaban destacadas en Tarento con algunas otras naves, y que restaban, por lo tanto, de la flota de la Liga vista por los corsarios exploradores más de setenta galeras. Estribaba, pues, la confianza de los dos Generalísimos Alí-Pachá y D. Juan de Austria, en un engaño del mismo género: D. Juan suponía separadas de la flota turca y camino ya de Argel ó de Trípoli las ciento diez galeras de Aluch-Alí, el tiñoso; y Alí-Pachá no contaba con D. Juan de Cardona ni con el Marqués de Santa Cruz; ni su ignorancia en cosas de mar, que era mucha, le dejaba comprender bien la importancia de aquellas seis galeazas de que tanto recelaba el viejo Mahomet Scirocco.

Agriaron estas opiniones encontradas la contienda entre los caudillos otomanos, hasta que Aluch-Alí le puso término diciendo:

—Callo y estoy pronto, porque escrito está que la juventud de un Capitán Pachá pese más que mis cuarenta y tres años de campañas. Pero te has burlado de los berberiscos, Pachá.... Acuérdate cuando arrecie el peligro.

Y dicho esto con impasible gravedad oriental, marchóse Aluch-Alí á disponer su flota. Quedó entonces todo el campo por Alí-Pachá; mas todavía, y más por el bien parecer que por abrigar él recelo ó desconfianza, quiso éste enviar el corsario Kara-Kodja á un nuevo recuento de las fuerzas enemigas. Salió, pues, de Lepanto el pirata berberisco con dos galeras y comenzó á navegar cautelosamente en busca de la flota aliada. Había ésta atravesado el largo y estrecho canal de Itaca el día 5, teniendo que refugiarse, por el mal tiempo, en la ensenada de Pilaros, que se abre al extremo septentrional de la gran bahía de Samos, en Cephalonia. Proponíase D. Juan de Austria

alcanzar las islas Curzolari, por el Norte: guarecerse entre aquellos islotes para dar descanso á la chusma el día 6, y doblando repentinamente el cabo Scropha el 7, sorprender á la flota turca anclada en Lepanto. Kara-Kodja entró atrevidamente en el canal de Itaca con sus dos galeras, y descubrió á la flota aliada en Pilaros; mas habíase aventurado tanto el osado corsario, que descubierto á su vez por los cristianos diéronle caza, y sólo al esfuerzo enorme de sus remeros y al viento que le favorecía debió el escapar de sus manos. Quiso Dios, sin embargo, cegar también esta vez al pirata berberisco, y en la prisa y turbación de su fuga ocultáronse á sus penetrantes ojos una porción de barcos abrigados en un repliegue de la bahía. Creyó, pues, Kara-Kodja que la flota no había variado desde que la reconociera él en Corfú en ausencia de la vanguardia y retaguardia, y volvió triunfante á Lepanto, firme en su engaño, anunciando á Alí-Pachá que los cristianos estaban en Pilaros de Cephalonia, y que en nada habían disminuído las ventajas enormes que sobre ellos tenía la flota turca.

No se hizo Alí-Pachá repetir la noticia, y apresuróse á zarpar de Lepanto para ir á fondear en la bahía de Calydón, á la salida ya del golfo, distante tan sólo doce millas de aquel funesto cabo Scropha, que los mismos turcos habían de rebautizar al día siguiente con el siniestro nombre de *Cabo Sangriento*. Había D. Juan fondeado mientras tanto en el puerto de Petala, á siete millas del cabo Scropha, por el lado opuesto, sin sospechar todavía la proximidad del enemigo. Venían, pues, á quedar ambas flotas una á un lado y otra al lado del funesto cabo, como dos enemigos que atraídos por el odio se acechan, se acercan sin conocerlo, se emboscan y se encuentran de repente frente á frente sin esperarlo, al doblar ambos á la vez la misma esquina. D. Juan creía á los turcos en Lepanto. Alí se figuraba aún á los cristianos en Cephalonia, y allí iba á buscarlos.

Al amanecer del día 7 de Octubre de 1571, mandó D. Juan de Austria zarpar la flota del puerto de Petala y adelantarse con grandes precauciones por el canal que forman las costas de la Grecia con la isla de Oxia, última de las Curzolari: á la altura del cabo Scropha hizo seña el vigía de la Real de que se hallaban dos velas á la vista. Pobláronse al punto de curiosos mástiles y vergas: mas ya no eran dos velas las que se veían; eran docenas y docenas que se destacaban sobre el azul del cielo y el azul de las olas, como bandada de blancas gaviotas volando á flor de agua.... No había duda: el enemigo estaba á la vista. Los dos matones en acecho se encontraban frente á frente al volver la misma formidable esquina. Eran entonces las siete de la mañana.

Mandó al punto D. Juan de Austria á su piloto, Cecco Pizano, desembarcar en uno de aquellos altos islotes para observar desde allí las fuerzas enemigas. Abarcábase desde aquella altura todo el amplio golfo, y en él vio Pizano adelantarse la flota turca, casi una mitad más numerosa de lo que se la suponía, empujada por una brisa favorable que embarazaba y entorpecía al mismo tiempo las maniobras de los cristianos. Angustióse á esta vista el piloto, y ya de vuelta en la Real, á nadie osó comunicar en aquel momento crítico tan temerosa nueva, y limitóse á decir al oído del Generalísimo: —“Sacad las garras, señor, que ruda ha de ser la jornada.” No parpadeó siquiera D. Juan al oírle, y como en aquel momento le preguntasen algunos de sus Capitanes si no celebrarían un último Consejo, contestóles serenamente:

—Ya no es tiempo de razonar sino de combatir.

Y mandó en el acto disparar un sacre en la Real y enarbolar en el estanterol una bandera blanca, que era la señal convenida desde Mesina para formar en batalla.

La serenidad de ánimo en presencia del peligro fue desde su niñez una de las grandes cualidades de D. Juan de

Austria, y no le faltó un punto en aquel momento crítico de su vida. Guardóse de comunicar á nadie las zozobras y temores que las razones de Cecco Pizano le inspiraron, y sin perder un segundo comenzó á tomar sus medidas con esa inteligencia y ordenada actividad propia del genio de la guerra, que todo lo abarca y previene al primer golpe de vista y excluye toda confusión al combinar y todo atropello al disponer. Mandó atracar á la Real una de aquellas galeras pequeñas de vela y remo que llamaban fragatas y servían para transmitir órdenes con gran ligereza, y embarcóse en ella con Juan de Soto y D. Luis de Córdoba para visitar una por una todas las galeras del centro y cuerno derecho: la del izquierdo encomendólas á su lugar-teniente el Comendador Mayor D. Luis de Requesens.

Dio el Sr. D. Juan en todas las galeras disposiciones cuya prudencia y previsión pudieron apreciarse más tarde: mandó cortar en todas ellas los altos espolones para asegurar el tiro horizontal del esmeril de proa, y mandó también quitar las cadenas y dar armas y libertad á todos los galeotes condenados al remo por delitos comunes, prometiéndoles el indulto si daban buena cuenta en la pelea. Lloraban aquellos infelices y abrazábanse á los cómitres que les entregaban las armas, jurando morir, como en efecto murieron los más de ellos, por la Fe, por el Rey y por D. Juan de Austria.... Mandaba también en todas las galeras subir sobre cubierta los mejores víveres que se guardaban en la cala, y muy razonables zaques de vino para repartirlos entre la chusma, y entonces era cuando se mezclaba entre ella para arengarla y animarla. Iba D. Juan sin armar todavía, con un crucifijillo de marfil en la mano, que regaló más tarde á su confesor Fray Miguel Serviá y se conservó en el Convento de Jesús, extramuros de Palma de Mallorca, hasta 1835. Sus pláticas no eran pulidas, ni sus razones intrincadas: decía tan sólo que peleaban por la fe y que no había cielo para los cobardes.... Mas decía todo ello con tanta verdad y gracia y salíanle

tan de lo hondo sus afirmaciones y promesas, que á todos les entusiasmaba y disponía al heroísmo, como si infiltrara en ellos el temple de su grande alma. Dábales á unos medallas, á otros escapularios y rosarios, y cuando ya nada tuvo que dar diólo á uno su sombrero y repartió entre otros dos sus guantes. Y como ofreciese un Capitán al galeote que lo había recibido cincuenta ducados por uno de aquellos guantes, negóse él prontamente y prendiólo en su bonetillo como si fuera el más rico plumaje.

A las once de la mañana hallábanse las dos flotas frente á frente, á una legua escasa de distancia. Pudo entonces Alí-Pachá comprender de un solo golpe toda la extensión de su yerro, viendo desembocar por el estrecho canal de Oxia naves y más naves con las que él no había contado; y cuenta Marco Antonio Arroyo que volviéndose entonces á los cautivos cristianos atados al banco, díjoles muy pálido, entre suplicante y espantado: "Hermanos, haced hoy lo que sois obligados por el buen tratamiento que os he hecho, que yo os prometo que si tengo victoria daros hé libertad: y si hoy es vuestro día, Dios os lo dé." Propúsole entonces el astuto Aluch-Alí virar de bordo para atraer la flota cristiana bajo los fuegos de la entrada del golfo: mas contestóle el orgulloso jefe otomano que jamás ofrecerían las galeras del Padischah, bajo su mando, ni aun la apariencia de una fuga.

Maniobraban ya mientras tanto las dos flotas para formarse en batalla, suelta en el libre mar, ligera y favorecida por el viento, la otomana: pesada, oprimida entre los escollos y peñas que rodean por allí las Curzolari, y embarazada por el viento contrario, la de los cristianos. Apoyaba ésta su cuerno izquierdo en la costa, estrechándose contra ella cuanto el fondo permitía para impedir el paso de galeras turcas que pudieran atacar por la espalda. Formábanlo cincuenta y tres galeras al mando de Agostino Barbarigo, cuya galera iba la primera, ó sea como guía hacia el lado de tierra: la guía del otro lado llevábala Marco

Quirini con la tercera Capitana de Venecia. El cuerno derecho, por el contrario, internábase en el mar; formábanlo cincuenta y seis galeras y mandábalo y guiaba al mismo tiempo el extremo derecho Juan Andrea Doria, cuya Capitana llevaba por farola una gran esfera de cristal con aros dorados: el izquierdo lo guiaba D. Juan de Cardona con la Capitana de Sicilia. Entre estos dos cuernos ó alas formábase el centro ó cuerpo de batalla con sesenta y dos galeras: en medio estaba la Real de D. Juan de Austria, flanqueada á derecha é izquierda por las Capitanas de Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero y defendida su popa por la Patrona de D. Juan y la Capitana del Comendador mayor D. Luis de Requesens, que no quiso apartarse un momento del Generalísimo: los dos extremos del centro guiábanlos, el izquierdo, la Capitana de Bautista Somellino, y el derecho, la Capitana de Malta, mandada por el Prior de Mesina, Fra Pietro Giustiniani. Detrás del centro y á conveniente distancia, alineábanse las treinta galeras de reserva mandadas por el Marqués de Santa Cruz. No quedaba entre galera y galera más hueco que el necesario para maniobrar, y ocupaba en el mar la línea total de la flota aliada una extensión de dos kilómetros y medio. Una milla más adelante de la línea de batalla formaban las seis galeazas, correspondiendo dos á cada parte de la flota.

De idéntico modo había dispuesto Alí-Pachá la suya: apoyaba también en la costa su cuerno derecho, mandado por Mahomet Scirocco y compuesto de cincuenta y seis galeras. Entraba el izquierdo igualmente en el mar, formado por noventa y tres galeras, á las órdenes de Aluch-Alí, el tiñoso; y en la mitad del centro, formado por noventa y cinco galeras, adelantábase la de Alí-Pachá, enorme, altísima de puntal, con cinco grandes farolas doradas en la popa, y muy pertrechada de artillería, de genízaros que pasaban de quinientos y de turcos Epacos, bravísimos flecheros y escopeteros que formaban la flor de su gente. Rodeábanla y defendíanla otras siete galeras de fanal, de las

cuales era la más fuerte y mejor equipada la del Serasker Perter-Pachá. Detrás del centro alineábanse, lo mismo que en la flota aliada, treinta galeras de reserva. El espacio que dejaban entre sí las galeras era el mismo en ambas flotas, y ocupaba en el mar la línea de batalla turca cinco kilómetros. Quedaban, pues, las dos armadas formando cada una tres cuerpos diversos, que tenía cada cual su contrario frente á frente. El de Barbarigo era Mahomet Scirocco; el de D. Juan de Austria, Alí-Pachá, y el de Juan Andrea Doria éralo Aluch-Alí, el tiñoso, el verdadero y temible Capitán con que contaban los turcos.

Había la visita de D. Juan despertado el entusiasmo en las galeras, y hechos ya todos los preparativos, sólo se esperaba en ellas la señal del combate. También el Generalísimo había hecho en la Real los suyos: mandó lo primero desembarazar en lo posible la cubierta para hacer plaza de armas espaciosa en qué pelear, y distribuyó atinadamente los cuatrocientos veteranos del Regimiento de Cerdeña que tenía á bordo. Confió la defensa de las rumbadas ó castillos de proa á los Maestres de Campo D. Lope de Figueroa y D. Miguel de Moncada, y á Andrés de Mesa y Andrés de Salazar; la medianería á Gil de Andrade; el fogón á D. Pedro Zapata de Calatayud; el esquife, á D. Luis Carrillo; la popa, á D. Bernardino de Cárdenas, D. Rodrigo de Mendoza Cervellón, D. Luis de Cárdenas, D. Juan de Guzmán, D. Felipe Heredia y Rui Díaz de Mendoza; y como principal defensor de la galera y verdadero Generalísimo de la batalla, hizo colgar en el estanterol, dentro de una caja de madera, el Crucifijo de los moriscos rescatado por Luis Quijada, que siempre llevaba consigo.

Seguía D. Juan desde la popa las maniobras de ambas armadas, y para no perderlas de vista un momento, comenzó á armarse allí mismo, bajo el toldillo de damasco encarnado y blanco que había á la entrada de su cámara: púsose un faerte arnés pavonado en negro y claveteado todo de plata: llevaba debajo de la coraza el *lignum crucis*,

regalo de San Pío V, y encima el toisón de oro, que según los estatutos de esta orden debe llevar siempre puesto el caballero que entra en batalla. Acababa D. Juan de armarse cuando observó que Juan Andrea Doria entraba demasiado en el mar el cuerno derecho que mandaba, dejando entre el extremo izquierdo de éste y el centro de batalla una ancha brecha: observó también que Aluch-Alí seguía paralelamente la maniobra de Doria con el cuerno izquierdo turco, y comprendió al punto la astuta estrategia del renegado tiñoso. Pretendía éste, y lo iba consiguiendo, apartar insensiblemente el cuerno derecho cristiano del centro, para introducir luégo, rápidamente, sus naves más ligeras por la brecha que quedaba, y rodearle y aislarle por completo. Apresuróse D. Juan á enviar á Doria una fragata avisándole el lazo en que con riesgo manifiesto de comprometer la batalla iba cayendo: mas ya era tarde por desgracia, y la fragata no tuvo tiempo de recorrer las tres millas que de Doria la separaban.

Veníase encima mientras tanto la flota turca á toda vela, impulsada por un viento favorable, espantosa, imponente, y veíase ya á media milla de la línea de galeazas y sólo á otra milla más de la línea de batalla de los cristianos. D. Juan no quiso esperar más: santiguóse humildemente y mandó disparar en la Real el cañonazo de desafío y enarbolar en la popa el estandarte azul de la Liga, que se desarrolló majestuosamente como un pedazo de cielo sobre el cual se destacase la imagen del Crucificado. Un momento después contestó la galera de Alí con otro cañonazo aceptando el reto, y enarbolaron en su popa el estandarte del Profeta, guardado en la Meca, blanco, de gran tamaño, con ancha cenefa verde, y grabados en el centro versículos del Alkorán con letras de oro. En el mismo momento acaeció un fenómeno; sencillísimo en cualquiera otra ocasión, pero que por hartas razones túvose en aquella por prodigio; cayó de repente el viento hasta quedar todo en calma, y comenzó luégo á soplar favorable para los cristianos y

contrario á los turcos. Parecía como si hubiese resonado allí aquella voz que dijo al mar —cállala— y al viento —so-siégate. El silencio fue entonces profundo, oíase tan sólo el rumor de las olas que se arremolinaban en las proas de las galeras y el ruido de las cadenas que agitaban al remar los esclavos cristianos.

Fray Miguel Servía bendecía desde el estanterol á todos los de la flota y dábales la absolución general en la hora de la muerte. Eran entonces las doce menos cuarto.

Disparó el primer cañonazo la galeaza Capitana mandada por Francisco Duodo, y arrancó de cuajo la mayor de las cinco farolas que coronaban la popa en la galera de Alí-Pachá: el segundo destrozó las rumbadas de una galera próxima, y el tercero echó á pique una fusta que se adelantaba para transmitir órdenes. Hubo entonces un movimiento espontáneo de retroceso en toda la línea turca, que el valor de Alí-Pachá refrenó al instante. Abalanzóse á la caña del timón, y con la rapidez de una flecha hizo pasar *La Sultana* por entre las galeazas sin disparar un tiro: siguióle toda la flota, rota ya y deshecha su línea de formación, pero dispuesta á unirse otra vez salvado aquel obstáculo, como se unen las aguas de un río después de pasados los postes de un puente que las detienen y dividen. Comenzó el choque entre ambas armadas por el cuerno izquierdo, cristiano y el derecho turco. Atacóle Mahomet Scirocco por el frente con tal rabia y empuje, y tal alboroto de gritos y salvajes alaridos propios de los turcos cuando combatían, que logró atraer la atención sobre un solo punto, y deslizar mientras tanto por el lado de tierra algunas de sus galeras ligeras, que atacaron por la popa la Capitana de Barbarigo: vióse entonces éste en gravísimo aprieto, porque la galera de Mahomet Scirocco había abordado la suya por la proa y entrábanse ya los turcos hasta el árbol de mesana: defendíanse los cristianos como fieras, acorralados

en la popa, y Barbarigo mismo desde el castillo les dirigía y animaba. Tenía alzada la visera del casco, y recatabase con la rodela de la nube de flechas que cruzaba los aires. Descubrióse un momento para dar una orden, y entróle una por el ojo derecho y se le clavó en el cráneo. Murió al día siguiente.

Corrióse entonces el gravísimo riesgo de que apoderados los turcos de la Capitana veneciana, destrozasen todo el cuerno izquierdo y arremetiesen después contra el centro por el flanco y por la popa, haciéndosele entonces fácil la victoria. Marino Contarini, sobrino carnal de Barbarigo, conjuró el peligro. Abordó la galera de su tío por la banda de babor con toda su gente, y trabóse sobre la Capitana la pelea más furiosa quizá que registra aquella jornada memorable. Todo era allí rabia, todo ira, todo era carnicería, todo espanto: hasta que arrojado Mahomet Scirocco de la Capitana veneciana y acorralado á su vez en la suya propia, sucumbió al fin á sus heridas, agarrado á una borda: allí le degollaron y le arrojaron al agua. Cundió entonces el espanto entre los turcos, y volviendo las proas á tierra las pocas galeras que quedaron libres, allí encallaron, salvándose á nado su diezmada gente.

No tuvo tiempo D. Juan de hacerse cargo de aquel peligro, ni de aquella catástrofe, ni de aquella victoria, porque todas estas fases del combate las tenía ya él encima. Cinco minutos después de haber caído Mahomet Scirocco sobre Barbarigo, caía sobre él Alí-Pachá con todo el ímpetu de su odio, de su furor, de su deseo de gloria. Veíasele verdaderamente arrogante sobre el castillo de popa, de pie, con un riquísimo alfange en la mano, vestido un caftán de brocado blanco tejido de seda y plata, y una celada de acero pavonado bajo el turbante con inscripciones de oro y pedrería de turquesas, rubíes y diamantes, que despedían vivos reflejos á la luz del sol. Avanzaban igualmente los dos cuerpos de batalla, sin reparar en lo que á izquierda y derecha sucedía, y en medio las dos galeras de los Generalí-

simos, en silencio, sin disparar un tiro ni hacer otra maniobra que la de marchar siempre adelante. A media galera de distancia ambos navíos, disparó *La Sultana* de Alf-Pachá á quemarropa tres cañonazos: el primero destruyó las rumbadas de babor de la Real y mató algunos remeros; el segundo atravesó el esquife, y el tercero pasó sobre el fogón sin hacer daño á nadie. Contestó la Real barriendo con sus fuegos la popa y la crujía de *La Sultana*, y una negra y espesa humareda envolvió al punto á turcos y cristianos, al cielo y al mar, á barcos y combatientes. Oyóse entonces dentro de aquella nube negra, que parecía vomitada del infierno, un crujido inmenso y horrendos alaridos, y viéronse saltar entre el espeso humo de la pólvora astillas, hierros, remos rotos, armas, miembros humanos, cuerpos destrozados, que se alzaban en el aire y caían luego al mar tiéndolo de sangre. Era que la galera de Alf había embestido á la de D. Juan por la proa con tan espantoso empuje, que el espolón de *La Sultana* entró en la Real hasta el cuarto banco de remeros: la violencia del golpe produjo naturalmente en ambas galeras un movimiento de retroceso: mas ya no pudieron desasirse. Habíanse enredado por las jarcias y aparejos é inclinábanse á babor y á estribor con espantosos crujidos y horribles balanceos pugnando por desasirse, sin conseguirlo, como dos gladiadores, que, separados los cuerpos, se asen, se estrechan y se traban por las cabelleras; mandó D. Juan desde el estantero donde se hallaba, al pie del estandarte de la Liga, echar los garfios por las proas, y afianzadas ya las dos galeras, convirtiéronse en un solo campo de batalla. Lanzáronse como leones los cristianos al abordaje, destrozando cuanto se oponía á su paso, y por dos veces llegaron hasta el palo mayor de *La Sultana* y otras tantas tuvieron que retroceder, disputándose palmo á palmo, pulgada á pulgada, aquellas frágiles tablas en que no había escape, ni ayuda, ni esperanza de compasión, ni más salida que la muerte.

Reforzaron *La Sultana* con gente de fresco las galeras turcas de reserva, y animado Alf lanzóse á su vez al

abordaje. Era *La Sultana* de más alto bordo que la Real, y cayeron por lo tanto en ella como catarata que se despeña desde lo alto: el choque fue tan tremendo que los Maestres de Campo Figueroa y Moncada retrocedieron con su gente y llegaron los turcos á pasar el palo trinquete. Acudió allí toda la gente de popa y D. Juan de Austria saltó desde el estantero, con la espada en la mano, peleando como un soldado para hacerles retroceder. Este fue el momento crítico de la batalla... Ya no había línea, ni formación, ni derecha, ni izquierda, ni centro: sólo se veía en cuanto del mar abarcaban los ojos, fuego, humo, y pelotones de galeras en medio, trabadas entre sí, vomitando fuego y muerte, con los palos y los cascos erizados de flechas, cual enormes puercos espines que erizasen sus púas para defenderse y acometer: matar, herir, prender, animar, quemar era lo que se veía por todas partes, y caer al agua cuerpos muertos y cuerpos vivos, árboles, entenas, jarcias, cabezas arrancadas, turbantes, aljabas, rodela, espadas, cimitarras, arcabuces, carcajes, cañones, flechas, cuantos instrumentos tenían entonces á su alcance la civilización y la barbarie para matarse y destruir.

En tan crítico momento desprendióse con esfuerzo sobrehumano una galera de aquel caos de horrores y lanzó su proa con la violencia de formidable catapulta disparado por titanes, contra la popa de la galera de Alf, entrándole el espolón hasta el tercer banco de remeros. Era Marco Antonio Colonna que acudía en auxilio de D. Juan de Austria: al mismo tiempo ejecutaba igual maniobra por uno de los flancos el Marqués de Santa Cruz. El refuerzo era grande y oportuno: pero todavía lograron los turcos retirarse á su galera en buen orden y haciendo estragos; mas estrujados allí materialmente por las gentes de Colonna y Santa Cruz, rebosaban por las bandas y caían al agua muertos y vivos, trabados turcos y cristianos, peleando hasta lo último con las uñas y los dientes, y destrozándose hasta por debajo del ensangrentado oleaje.

En aquel remolino de desesperados pereció Alf al lado del timón: unos dicen que se degolló á sí mismo y se arrojó al mar; otros que le cortaron la cabeza y la levantaron en una pica. Mandó entonces D. Juan de Austria bajar el estandarte del Profeta, y entre gritos de —¡Victoria!— izaron en su lugar la bandera de la Liga.

Hallábase herido D. Juan en una pierna (1): mas sin cojear siquiera subió al alcázar de popa de la galera rendida para hacerse cargo desde allí del estado de la batalla. En el cuerno izquierdo hufan en aquel momento para tierra las pocas galeras que quedaban de Mahomet Scirocco, y véfelas encallar violentamente en los bajíos y arrojarse á nado las tripulaciones. No sucedía, por desgracia, lo mismo en el cuerno derecho: engañado Doria por las falsas maniobras de Aluch-Alf, siguió internándose en el mar y abriendo cada vez más más ancha brecha entre el ala derecha y el centro: la orden de D. Juan de Austria mandándole retroceder no llegó á tiempo. Limitábase Aluch-Alf mientras tanto á observar la maniobra de Doria, siguiéndola paralelamente sin cuidarse de atacar; hasta que de repente, juzgando ya sin duda el hueco harto ancho, viró á la derecha con rapidez maravillosa y lanzó toda la masa de la flota por la peligrosa brecha, aplastando literalmente aquellos dos extremos que quedaban descubiertos: el desastre fue terrible y la matanza espantosa. En la Capitana de Malta sólo tres hombres quedaron con vida: el Prior de Mesina Fra Pietro Giustiniani, con cinco flechas clavadas; un caballero español con ambas piernas rotas, y otro italiano con un brazo separado de un hachazo. En la Capitana de Sicilia cayó herido D. Juan de Cardona, y de quinientos hombres que llevaba quedáronle cincuenta. *La Fierenza* y *La San Giovanni*, del Papa, y *La Piemontesa*, de Saboya, sucumbieron sin rendirse, en sus puestos; diez ga-

(1) "Yo saqué, sin saber cómo, una cuchillada pequeña en un tobillo; pero nada se debe sentir considerando tan felices sucesos." (Carta de D. Juan de Austria al Prior D. Hernando de Toledo, sobre la batalla de Lepanto, existente en el archivo de Alba).

leras se habían ido ya á pique: una ardía hasta consumirse y doce flotaban como boyas, sin dirección ni rumbo, desarboladas, repletas de cadáveres, esperando que el vencedor, que lo era Aluch-Alf en aquel momento, les echase las amarras y las remolcase como trofeos y botín de guerra. Espantado Doria del desastre volvía á toda prisa al lugar de la catástrofe; mas ya le había precedido D. Juan de Austria. Sin reparar en nada mandó el Generalísimo cortar las amarras á doce galeras que remolcaban ya á las vencidas, y herido él, sin descansar de las fatigas de su propia lucha, lanzóse con ellas en auxilio de los que sucumbían. "¡Ah valiente Generalísimo! exclama aquí el Almirante Jurién de la Gravière en su precioso estudio sobre la batalla de Lepanto; á él debía ya la Armada su victoria y á él iba á deber su salvación lo que quedaba del ala derecha." Siguióle el Marqués de Santa Cruz con toda la reserva, y á la vista de este refuerzo ya victorioso, comprendió Aluch Alf que le arrancaban de las garras la presa.

Sólo pensó entonces el astuto renegado en salvar su vida, y lo hizo, como él sólo fuera capaz de hacerlo: metió en su galera á su hijo, y seguido de otras trece, lanzóse como una exhalación por delante de las proas enemigas antes de que pudieran envolverle, y huyó á la desesperada con rumbo á Santa Maura, sueltas todas las velas, empuñando él la caña del timón, bogando los infelices remeros con la cimitarra á la garganta para que no aflojasen, para que no respirasen un segundo, y antes que cejar rindiesen allí el último aliento.

Pasado el primer instante de estupor, lanzáronse detrás el Marqués de Santa Cruz y D. Juan de Austria; mas la ventaja que les llevaba Aluch-Alf crecía por momentos, comenzaba ya á caer la tarde, y la tempestad, que amenazaba desde las doce, soplabá ya sus primeras ráfagas y hacía oír sus primeros truenos. Escapó, pues, el famoso renegado en alas de la tempestad, como si la cólera de Dios le protegiese y le guardara para castigo y azote de otros pueblos.

Este fue el último tercio de la batalla de Lepanto: *la mayor jornada que vieron los siglos*, según asegura un testigo y actor que derramó en ella su sangre: Miguel de Cervantes Saavedra.

Eran entonces las cinco de la tarde del 7 de Octubre de 1571.

LUIS COLOMA, S. J.

(De *Jeromin*).

GALERIA DE HIJOS DEL COLEGIO

Francisco de Paula Torres

El 16 del corriente mes de Setiembre va á completarse un siglo del nacimiento del señor doctor FRANCISCO DE PAULA TORRES, dechado de probidad, de lealtad caballeresca, de incontrastable fe religiosa, del más acendrado patriotismo, de mansa firmeza en sus convicciones políticas. Mucho más de lo que consignaremos en estas líneas pudiéramos y quisiéramos decir; pero nos obliga á ser sobrios el temor de que se nos tilde de parcialidad, hija del profundo cariño filial.

La vida de TORRES fue una continua lucha para subsistir honrada pero modestamente, para hacer el bien sin tener en cuenta ni la ingratitud, ni la maledicencia, ni el egoísmo ajeno, que suelen ser la herencia de los que procuran hacer el bien á sus semejantes.

Nadie, hasta hoy, ha escrito su biografía, aunque se han publicado en diferentes épocas rasgos brillantes de su vida pública; trazados por plumas bien tajadas. No es extraño, pues, que uno de sus hijos acometa con temor aquella empresa, advirtiend^o que si omite muchas acciones distinguidas de la vida del padre muy querido, consiste en que él siempre ocultaba sus cualidades hasta á los ojos de su familia bajo el espeso velo de la humildad; tenía en nada su fama: todos sus esfuerzos los refería á Dios, en